

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Después de haber sido actualidad las castañeras, con las fiestas de Santos y Difuntos vinieron a serlo las castañas.

Siempre quisiera yo saber por qué, a propósito de Difuntos, son las castañas un tema favorito, y por qué, también en la misma fecha luctuosa, ciertos dulces llamados *huesos de Santos* se ostentan en todas las confiterías y se consumen en desproporcionadas cantidades.

Hay que confesar que, por lo menos, es lúgubre eso de dar a un artículo de confitería, forma de canilla humana, y pensar que nos comemos un hueso, aunque sea de Santo, no deja de causar repulzno.

Tampoco será fácil discernir por qué, en las Navidades, que ya se acercan, ha de ser obligado el turron, con sus incrustaciones de almendra, o su compacta masa de avellana tostada o yema de huevo alternando con coco. ¿Por qué, en esos días en que vino al mundo el Salvador, y no en otros, ha de ser cuando se emborrache con caña a los pavos inofensivos, y después se les retuerza el rojo pescuezo, y se les quiten los sabrosos menudos y se les ataque la cavidad con pasas, pan rallado, huevo y piñones, y se les ase, y vayan a honrar las mesas de familia? ¿Por qué también ha de existir relación estrecha entre los fastos del Portal y del Pesebre, y la estrella y los Magos, y el besugo del Cantábrico y los dátiles herberiscos y el toledano mazapán?

Continuando la serie de las preguntas, será curioso indagar la causa de que, en Carnavales, la sartén crie rosas, que así se llama la linda pieza de fritaría que en Carnavales he visto comer y he comido, unida a las famosísimas «orejas de fraile», y, semanas después, a la monumental *mona de Pascua*?

El origen de estas costumbres debe de perderse en la consabida noche de los tiempos, que tantas cosas esconde en su negro tul. Yo declaro que muchas de las golosinas que en Navidad se comen, lo mismo las comería en cualquier época del año, y no veo razón para que se limite su uso a determinadas festividades.

Lo que cada día aumenta, es el adorno de los cementerios. Es indudable que se trata de una costumbre muy reciente. Antaño, no se les ponía a los muertos más que cirios y alguna que otra lápida conmemorativa. Poco a poco, nació esta nueva devoción, este sentido recuerdo que se manifiesta en flores; sobre todo, en flores.

Las flores han llegado a ser una industria — no diré floreciente, parecería redundancia —, pero sí importantísima. Hay quien gasta pródigamente en florecer una tumba, y en su casa no tiene ni una maceta. Las tumbas son ya pequeños jardines, y el día de Difuntos, los cementerios están como salas de baile, a fuerza de luces y flores.

La muerte procura sonreír, procura no ser el clásico espantajo de la Edad Media... Sus terrores se guardan en el fondo de la conciencia: por fuera, parece hasta amable a fuerza de crisantemos y de rosas, de coronas y ramilletes.

Nunca había sido tan cariñoso el testimonio de los que quedan aquí, para los de allá. Es preciso convenir en que se rezaba más, pero se adornaba menos. Cada tiempo tiene sus costumbres. En el campo se conservan las antiguas, y en vez de ramos fragantes y coronas entretejidas de abalorio y pluma rizada, lo que consagran a los muertos son preces de la Iglesia, y esos cirios que en su amarillez llevan como un emblema del momento. Y el culto de los antepasados es lo único que no pierden ni un día los labradores. Podrá en otros terrenos vacilar su sencilla fe: nunca en éste, que es como la quinta esencia de las tradiciones y de los lazos familiares. «Por el alma de nuestros padres» dicen con acento de verdadero sentir, de verdadero recuerdo grave y respetuoso...

Y, cuando se han acercado estos días de conmemoración, la memoria devuelve la imagen de los que hemos querido y duermen el sueño eterno. Al bajar la cuesta de la vida, ya se tienen más amigos allá que acá! Parece que se han ido, pero no lo creáis; lo mismo que durante la vida terrenal, no los veis todos los días ni a todas horas, pero, de vez en cuando, dijérase que se acercan, y se desarrolla toda su historia, y los reconstruís como fueron física y moralmente, con sus hábitos, su modo de pensar, su peculiar donaire, que en otro tiempo os sazonó la vida; y vais rehaciendo su historia, y los anales de su amistad, y hasta, dígame todo, la de aquello en que creísteis que debieron proceder de otra suerte, y que, a su hora, os causó disgusto o desencanto. Sí: tal es, mil veces, la manera de ser humana, y nadie, o casi nadie, si lo examináis bien, será perfecto; y vosotros tampoco lo sois. No hicisteis siempre lo que hacer debíais, y ese tejido de la amistad, tan sutil y tan dorado, vosotros pudisteis desgarrarlo, hasta sin saberlo.

Tendéis sobre las deficiencias el velo de lo que fué, y recontáis sólo las cualidades y las gratitudes que no podéis olvidar. Sobre todo, se os presentan como visibles las condiciones especiales que determinan la individualidad, y la diferencian. Estas diferencias, que caracterizan, es lo que más nos atrae, porque un mundo compuesto de personas iguales o muy parecidas, sería la concreción del fastidio y del tedio.

En nada se parecían entre sí algunos de vuestros amigos, pero cada cual tuvo su nota peculiar, particularmente significativa. Y quien, como yo, cultiva aficiones múltiples, gustos de arte, de literatura, de sociedad; quien tiene hasta curiosidades intelectuales y psicológicas, puede encontrar en cada amigo una conversación distinta, que responda a tan diversas inclinaciones. Un amigo conocí, y ya no existe, con el cual siempre hablaba yo de porcelana y lozas, de platos repujados y muebles laqueados, y el tema no se agotaba nunca, porque yo aprendía con él, y, sin necesidad de leer libros, me enteraba a fondo de tan encantadora ciencia. ¡Pobre conde de Superunda! Estaba, últimamente, ciego, y la desgracia no había conseguido alterar el excelente temple de su genio afable y vivo, casi diré infantil. Al contrario: desde la ceguera, deseaba más la compañía, y el trato, y se enteraba de cuanto en sociedad ocurría, describiéndolo después como si lo hubiese visto. Un día, a propósito de una boda, se discutió si el novio había vestido uniforme de Maestrante, o de oficial de caballería: y el conde, sin luz en las pupilas, intervino y decidió: «Llevaba uniforme militar, porque, al abrazarle, toqué los galones.»

Otro ciego aficionadísimo a la charla, fué, en los últimos años de su vida, el insigne escritor D. Juan Valera. No he visto hombre más resignado, que con mayor serenidad soportase privación tan cruel. Parecía su propio busto, con esa ceguera misteriosa y olímpica de los mármoles.

Hablaba de todo, y especialmente, de literatura, sin hacer nunca alusión, como no fuese muy de lejos y por modo humorístico, a su desgracia. Decía algún donaire, ático y fino, en que se ponía a sí propio en solfa, la solfa inteligente de los que conocen muy a fondo la vida y su vanidad. Su carácter no se agrió nunca, como se había agriado un tanto el de Menéndez y Pelayo, bajo el influjo de la enfermedad hepática que le mató, en edad todavía temprana para las letras. Valera parecía, con los años, adquirir más sana y riante filosofía. A veces, sin embargo, se sulfuraba, por cosas intelectuales o artísticas, sin egoísmo, conmigo disputaba, por mejor decir, discutía mucho don Juan, pues teníamos criterios distintos, y yo era de otra generación, lo cual siempre abre zanja; mas no por eso, o tal vez a causa de eso, dejaba de desear mucho mi presencia en su tertulia, por las noches, y hasta bastante tarde, pues el antiguo tertuliano de la duquesa de Rivas había conservado la afición a trasnochar de los románticos, aun cuando no fuese él romántico ni por semejas. Algunas veces he oído discutir a qué escuela perteneciese don Juan, y siempre he dicho que se le podía definir por una negación: no era ni miaja romántico.

Lo era en cambio, honda y definitivamente, aquel otro amigo, casi hermano, que se llamó Emilio Castelar. Lo era como los escritores y oradores que indudablemente influyeron en su espiritual formación: Lamartine, Lammenais, Armando Carrel, y como el ídolo de su mente, Víctor Hugo. Y en vano intentaba hacerme compartir sus incondicionales admiraciones. Yo le admiraba a él, no tanto por sus vuelos de romanticismo, que venían cuando el romanticismo no sólo había muerto, sino resucitado en otra forma, que es morir dos veces, sino por otras cuali-

dades extraordinarias de su gran espíritu, y por su chispeante ingenio, y por su gracia castiza, pues, aparte de la escuela literaria, no he conocido nadie que así conservase el culto y el amor de la tradición y de las bellezas de nuestra literatura. Recuerdo la campaña que hizo para llevarme con frecuencia al Teatro Español, donde Vico representaba entonces *Traidor, inconfeso y mártir*, *El Alcalde de Zalamea*, y otras obras del mismo repertorio. Yo no solía ir, no porque no me encantasen estas joyas, que leía con frecuencia, sino por otras mil razones que hoy han desaparecido, naturalmente. A media luz el teatro; destartadas las decoraciones; sucio el escenario; pésimamente vestidos los actores, y, a excepción de Vico, recitando su papel con un marmoneo insípido, sin calor ni alma, la ilusión desaparecía. Castelar suplía todas las faltas, por medio de un esfuerzo imaginativo; pero yo, o tenía menos imaginación o más exigencia, y salía de allí descorazonado. Vico mismo como todos saben, era un actor desigual, que a veces daba el escalofrío de lo sublime, y otras veces ni llegaba a lo concienzudo, porque representaba según sus nervios, según la concurrencia, según el éxito de las obras. Eso sí: cuando quería, era estremecedor. Y algunas veces, sin duda porque veía en su palco a Castelar, quiso, y nos subyugó por completo. El papel, tan sorprendente, del rey D. Sebastián, no creo que ya pueda volver a encarnarse así.

Cuando vivía Castelar, vivía también, llenándolo todo con su nombre, D. Antonio Cánovas del Castillo; y era de mis amigos mejores, más afectuosos. Le veía todo lo que cabe ver a un político de tal altura, que siempre anda ocupado, mareado, acosado por solicitantes y pedigueños de todas las marcas. Yo nada le pedía, sino su amistad, por aquello de que *l'amitié d'un grand homme est un bienfait des dieux*.

Y este beneficio lo logré plenamente, disfrutando de una de las conversaciones más sazonadas, honradas, educadoras, que cabe gozar en el mundo. Aquella conversación era oro en panal, era como un vino generoso y rancio, y hacía desfilir la historia ante mis ojos. Jamás tuvo aquel grande hombre el menor presentimiento de su fatal destino, a pesar del aviso siniestro que recibió, por cierto un día en que yo me sentaba a su mesa. Creo que nada presentía, fiado en su estrella y en las energías de su temple; pero los que le queríamos, sentíamos a veces ese ruido de alas gigantescas que escucha Herodes en *Salomé*.

Aquella preciosa vida estaba jugada al azar de las pasiones furiosas, de los complots sombríos... Un día fatídico caería en la fosa abierta, insidiosa, bajo sus pasos... Y entre sus frecuentes donaires, recuerdo uno:

«Al día siguiente de mi muerte, habrá que alquilar balcones para ver lo que aquí pasa...»

Lo que pasó, más vale no recordarlo.

Todo este período, al pensar en los que ya no están con nosotros, se desarrolla triste, azaroso, con las decepciones y las humillaciones del desastre... La gran sombra de Cánovas parece alzarse, profetizándolo. Los mejores poetas son siempre los pesimistas. Los que esperan no aciertan tan a menudo. He ahí otro amigo que se ha ido, Francisco Giner, que confiaba en la imposibilidad de las guerras. Como al santo Obispo de Hipona, ha debido ensombrecer sus últimos días el espectáculo de la conflagración mundial. Para San Agustín, eran los bárbaros; para Giner, los ejércitos en lucha gigante. Creía Giner en un período, si no de paz y amor, por lo menos, de cordura y relativa concordia, en que el derecho se afirmase. Ya sabemos lo que ha sucedido; y tememos lo que aun puede suceder, y el porvenir se nos muestra encapotado y lóbrego. Con Giner no solía yo hablar de estas cosas, sino de la marcha de las letras y de algo de pedagogía, en que tanto tenía él que enseñarme.

En otros terrenos, no pensábamos lo mismo; pero se puede pensar diferente y sentir semejante. Giner fué, señaladamente, un educador del sentimiento.

Y otras amistades menos famosas, fueron también, a su hora, preciosas para mí. Y cuando llega esta melancólica estación del año, he aquí que las recuerdo, que me harían falta, que se renueva el dolor amortiguado de su pérdida. El mejor amigo, el que me trajo a este mundo, el que me vistió de huesos y de carne, el padre con el cual viví en tan completa cordialidad... Y no se piense que esto suceda siempre, pues no faltan de todo ejemplos... Serie eterna de despedidas, la vida, aunque sólo fuese por esto, tendría un sello de añoranza de otra que será mejor.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.